



El rastro de los jazmines

Susana Haug Morales. Cuba. 22 años.

Esta escritora cubana estudia Filología en la Universidad de La Habana. Tiene publicado el libro para niños *Cuentos sin pies ni cabeza*, diversos cuentos y poemas en publicaciones periódicas, libros y antologías de la literatura cubana y ha ganado también varios premios. Susana nos brinda un bello cuento de simulaciones, donde los colores duelen y nombrarlos carece de significado, donde los olores seducen, enamoran, donde el amor puede saber a almendras y a chocolate y ser suave, igual que los tejidos hindúes.

El rastro de los jazmines

Susana Haug Morales

Me sentaba en el balcón a fingir que los veía pasar, con sus uniformes tal vez desarreglados, las maletas a la espalda, en un griterío infernal, a la salida de la escuela. Ellos iban al parque que está frente a mi casa y se quedaban allí: las muchachas conversando, arracimadas en los bancos, empezaban ya a fumar, al tiempo que lanzaban, seguramente, alguna mirada por sobre el hombro de las amigas para espiar a los varones. Ellos sabían que eran observados y sacaban entonces mejor el pecho, ponían voces de hombres mientras jugaban a la pelota o al fútbol y trataban de ignorarlas. Mi madre solía acompañarme durante aquellas contemplaciones y me lo contaba todo, sentada en la tranquila mecedora, junto a la baranda que nos separaba apenas tres metros de la calle y el resto de la gente, los ruidos y olores. Las alturas, aun las más pequeñas, son siempre calladas y discretas. Invisibles. Otra vida discurre allí, tan distinta de aquella bulliciosa y pública de los portales que dan a las aceras y a la mirada de los paseantes. Las alturas amparan de la desnudez. Acaso nadie se haya percatado nunca, pero dice mi madre que vivir en las alturas es tan cálido e íntimo como vivir en un útero. Y que yo soy frágil, y privilegiado. A veces dudo. ¿No es igual que si jamás hubiera nacido? Los otros no me conocen ni me ven. Soy invisible. Le dije que los úteros no dejan existir.

Desde los cuatros años, mamá intentó describirme los árboles del parque, las ceibas con su tronco duro y grueso en el centro, y luego una enramada de hojas menudas, que dibujan una sombra dispersa, y me contó también de la hierba recién cortada al comienzo de cada mes, que pincha los dedos cuando uno toca sus mechones erizados, y sobre ella

se secan, al sol, los montoncitos podados hasta que el aire o cualquier perro los dispersa, y después me habló de los flamboyanes, que parecen un mar rojo durante el verano, tupidos de flores y pájaros que vienen a descansar ahí, y le pregunté entonces, por primera vez, qué era el rojo y ella simplemente enmudeció, quizás buscando una palabra que yo pudiera corporeizar en la mente. Estuvo silenciosa tanto rato que juré no preguntarle nunca más sobre el rojo, ni esa tonalidad verdosa que me han dicho tienen sus ojos. La oí llorar y odié el rojo. Los colores duelen. De todas formas no importaba, mi madre no tenía color.

Escuchaba las voces lejanas de los otros, enardecidos por el juego y los aplausos de sus admiradoras, algunos chiflidos, vítores mezclados con la algazara de los carros y los timbres de las bicicletas al pasar en una ráfaga por la avenida. Incluso así, sabía yo hallar la voz de *ella* entre el alboroto de risas, toses, pasos, carreras, gritos y exclamaciones de los muchachos. Era mi único deleite. Aprender a encontrar *su* voz. Antes de oírla extrañamente la oí, y el viento me trajo un perfume de jazmines que no había percibido en ningún jardín de la vecindad. Tampoco eran flores, sino el olor de su piel, adiviné cuando nos cruzamos un par de veces en mis paseos con mi madre. Una esencia que se me antojaba un cuerpo entero, dócil al tacto y recóndito.

—¿Qué me miras? —había dicho el primer día. Yo la descubrí mucho antes que hablara, y la perseguí por entre sudores, colonias baratas y la tierra mojada. La llovizna adormece los olores y el mundo se vuelve una nada que gira y me envuelve en su remolino sin escape. Siempre que llueve me siento indefenso y mareado. Ella descansaba en la glorieta, y no supe que estaba frente a mí hasta sentir la voz tan cerca, calentándome el cuello. La voz era agridulce y caliente. La imaginé observando a mi madre acariciarme como si yo fuera un gatico ¿o se fijaría acaso en mis manos, en esta cara extraña?

—Nada —y noté cuán molestos debían resultarle mis ojos, incapaces de pestañear ante ella, torpes y fijos como los de un animal recién nacido. Volteé la cabeza hacia cualquier dirección, aunque temía fijar la vista en alguna parte, no fuera ser que allí estuviera ella, otra vez, y pensara que lo hacía a propósito. ¿Y si sus muslos quedaban a esa altura, o los pies? A la gente le incomoda que le miren los pies demasiado tiempo. Pero sobre todo detestan ser vistos con tanta fijeza. Casi me escurrí del banco. Un calor inmenso me ardió dentro de las manos y no hice otra cosa que frotarlas. Debía parecer estúpido. Traté de ocultar mi bastón lo más posible y pretender que observaba el paisaje.

—¡Qué bella la tarde. La puesta de sol —dije sin acordarme de cómo transcurría el tiempo. «*La luz que en tus ojos arde...* me encanta esa canción, ¿sabes?», pensé murmurarle. «La pongo a cada rato y...»

—Son las ocho de la noche... —respondió ella con un tono que me sorprendió por su dureza y resonaron sus pasos alejándose de allí, pasos de novela radial, de esos demasiado nítidos para ser reales. Alguien la llamaba, creo, y al pasar iba desprendiendo aquella esencia que se me antojó lo más hermoso del mundo, según el universo configurado en mi mente a retazos, donde cada objeto no tenía forma, sino una sensación que me entregaba el tacto, o un olor, o un sabor y una calidez o frialdad únicos, para diferenciarlos de los otros. Un universo de huellas.

Imaginé que ella sabría a almendras, como esas de las barras de chocolate, y que al tocarla me resultaría suave igual que mi almohada y los tejidos hindúes, y jamás me importó el color de su pelo porque las palabras *rubio*, *negro* o *castaño* no representaban absolutamente nada en mi cosmos. Eran palabras vacías, prescindibles, porque no podían tocarse, aspirarse o dejarse paladear. Palabras sin esencias, sin algo que ofrecer.

Los amigos la llamaban Claudia y comentaban que estaba buenísima, que era la más linda de la escuela, pero lo decían con un acento raro. «Como se habla de las princesas de los cuentos y las mujeres hermosas de las películas», pensé. Una princesa encarna una figura que todos codician porque es perfecta. ¿Cómo definir «perfecto»? ¿Perfecto es dulce, es pequeño, es grácil, solitario, alegre, bueno? Para mí la belleza se había convertido en un cuadro abstracto, lleno de formas complejas e indescifrables. Una geometría inspirada en Claudia, dispuesta sobre un lienzo oloroso a jazmín.

Mi padre bromeó a la hora de la comida con que tenía un no sé qué distinto en la mirada, y mis pupilas brillaron de pronto. «No entiendo, papá», mentí con una sonrisa, «yo sólo busco un punto de escape, cuento hasta diez y espero quieto el momento de cambiar la vista a otro sitio». Pero acaso era verdad y habría algún cambio cercano que mi ser consciente aún no descubría.

—¿Cómo luzco? —le pregunté entonces, y advertí en su timbre una tristeza contenida que empezó a soltar entre suspiros y tartamudeos y otra vez alguien no supo qué contestarme. Imagino que estuvo aquel rato inmenso parado frente a mí, pero yo traspasaba su cuerpo y perdía la oscuridad de mi vista en los bancos del parque, bañados por la noche y las hormigas. —Dime cómo luzco, por favor. No te calles —devolvió siempre el silencio. Odio los espejos, porque son mudos, fríos y estúpidos. Los espejos no ven. Y tampoco los ojos. Ambos son ciegos y cobardes, como mi padre este día. Ciegos e infinitamente estúpidos.

«Voy a hablarle», le confesé a mi madre por fin, y ella me vio rechazar su brazo, levantarme solo de mi puesto en el balconcito, coger el bastón y salir a la calle. Tanteando las escaleras me bajó el miedo. Las palmas resbalaron sudorosas por el pasamanos. «Debo pensar». El escalón definitivo.

Me retorcí los dedos. El silencio y la muerte, la noche, el rojo y el miedo lucen todos del mismo color doloroso. Son palabras que significan lo mismo. Claudia, en cambio, significa luz. «Cómo se empiezan las conversaciones». Ya se abría el espacio del ruido, tras el mundo marsupial de mi segundo piso. «¿Y si ahora no sentía la fragancia?». Últimamente me pareció más tenue cuando ella pasaba cerca de mí. «Ser espontáneo, ser espontáneo y ligero». Sólo estaba seguro de encontrarla por su olor, esa maravilla que me iluminaba por dentro. «Estoy solo». Sonó a la espalda el portón del edificio.

Hacía mucho calor. Me sobresalté al hallarme así, tan bruscamente, una parte de la escena entre los miles de rostros, sin aquel brazo que me guiaba seguro por los vericuetos y las esquinas, ayudándome a esquivar los baches del asfalto, los charcos de agua, los codazos de la gente que me golpea en ocasiones con su ajetreo de maletines y carteras, sin levantar los ojos del suelo. Caminé en cualquier sentido, sólo para alejarme de la casa, del útero. Recibí con deleite los empujones y las presencias tan cerca de mí que alcanzaban a rozarme, levantando a su paso una brisa de cuerpos fugaces. Me gustó mezclarme en el tumulto, ser uno más bajo el calor y el cielo, y grité, tropecé, insulté a alguien que chocó conmigo y reí de mi propio miedo. Adoro la vida. Duele sentirla, pero a la vez embelesa. Y me llené de la sinfonía urbana. Por más que intentara orientarme, la ciudad seguía dando vueltas, así que era inútil la resistencia, y acepté que me envolviese la algarabía de los transeúntes y la histeria del tráfico por la avenida. Mi madre hubiera gritado mientras yo reía. Adiviné que había perdido toda noción de espacios y ubicaciones, y con ella el azoro. Es bueno nacer de vez en cuando. Encontrarse verdaderamente vivo.

Tropecé con algo blando y le pregunté hacia dónde quedaba el parque. Una voz que sonó al principio molesta, aun-

que luego debió haber reparado en mis ojos, por el tono de lástima en la respuesta, dijo que en la esquina. Y mi bastón reconoció el trillo familiar de los paseos y casi de memoria, contando los pasos —una manía desde la infancia, para aprender las distancias más cercanas—, me orienté por el perfume de los flamboyanes, que conducían, en una escolta interminable, hasta el mismo parque.

La supe allí detenida en la glorieta, hecha de los tonos mágicos que seguro tendrán la luz y la sombra al juntarse y dibujarla toda, y jugar a difuminarla después, dejando únicamente intacta su esencia de flores. Las manos siempre me sudaban y las palabras se trabaron en la garganta, como si me las hubiera comido y estuviera indigestado. Luciría horrible, desgredado, parado frente a ella con una expresión de tonto, de pobre diablo incapaz de atinar a preguntarle su nombre. A pesar del miedo, el rastro de los jazmines insuflaba en mí una confianza infinita, y me envalentoné a llamarla *Claudia*, aquella expresión robada a sus amigas cuando la llamaban a participar de los secretesos y ella nunca iba, sino que se alejaba a su rincón. Ninguna *Claudia* del planeta se llamaba *Claudia* ni tenía una cara, una voz, una definición: sólo ella podía ser *Claudia*, *mi Claudia*. Los nombres son esencias con que los pueblos apresan a cada espíritu. Y *Claudia* debe significar esencia de jazmín. Al menos en mi lenguaje.

—¿Puedo sentarme? —de buenas a primeras me hallé junto a ella, mucho antes de que respondiera sí. El bastón se convirtió en una molestia y lo escondí cuanto pude, pero me tranquilizó con que no importaba y hasta creí oírle una sonrisa. *Claudia*... «¿Me espías?». Sí, la escuché sonreír por primera vez, muy pegada a mi oído, y dijo mi nombre en un cosquilleo. Ambos estudiábamos en la misma escuela y me había observado en ocasiones, respondió a mi asombro de espía descubierto. Me extrañó entonces no haber reconocido su olor antes, teniéndola tan próxima, y estuve a punto

de confesarle que ya la conocía toda por él, y que cada tarde la perseguía con torpeza husmeando el viento y que mi madre juraba que me veía como el hombre lobo. Callé. Seguro eso también lo sabría. Dejé al silencio colarse entre el rumor de las hojas y el ladrido de los perros callejeros, el vocerío de los niños montando el triciclo a pocos pasos, seguidos por los gritos de sus padres, o el escándalo de los eternos muchachos, jugando puntuales a las cinco su partido de fútbol. Habrían salido los últimos de clases y vendrían a buscarla, a llevársela con ellos.

Mi sudor era tan espeso e indetenible que se me antojó una epidemia, o un desvarío glandular. Alguien me explicó que si una glándula se altera te empiezan a salir pelos por todo el cuerpo. Como al hombre lobo. Y te orinas. Y te cambia la voz. Los calores me subían y bajaban peor que las mareas y ella tomándome la mano susurró: *pareces un tomate*. Enseguida me vinieron a la mente las semillas del tomate picado en rodajas y untado con sal que mi madre prepara. Al principio, de niño, yo soñaba que me crecían árboles dentro por tragarme una semilla. Acaricié la hierba junto a la glorieta. Me hincaron sus dientecitos de césped acabado de cortar. «Dice mi madre que la hierba tierna muerde» —por qué mencioné a mi madre —y ella: «jamás vi a nadie ponerse tan rojo como tú». «¿Eso es malo?» «No, es original. Me gusta el rojo» —respondió. Hubiera deseado asentir con ella y recitarle un poema lleno de pájaros rojos y nubes rojas y hombres rojos, sólo que no conseguía imaginarlos. Lo advirtió enseguida, porque entrelazó sus dedos con los míos aún más fuerte y soltó un suspiro que me alivió un poco aquel vapor de fiebres y el delirio de glándulas que se me escapaba por la boca y la nariz: «aliento de dragón», bromeó y la imité en la risa. Su piel estaba helada, un frío de agua puesta a refrescar en el congelador, y al contacto recordé los barquillos de helado al chorrearse y desmoronarse sobre mi camisa de ocho años.

—Tienes los ojos más bonitos del mundo —ahora sí que el calor dio un salto y se acumuló en mi cabeza. Me restregué las manos en los bolsillos y de cualquier forma se mojaban, se mojaban del miedo.

—Cómo son.

—¿No te han contado? Grandes. Enormes y grises. Suenan a violines —y en lo adelante los figuré hermosísimos, porque la música del violín es como un hada y hasta posee figuras.

—Y tú tienes el olor más dulce del universo.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué?

—A jazmines.

—Debe ser la medicina —y cambió su voz. Se hizo entrecortada, mínima, como si en ese momento un tren cruzara entre nosotros. —Estoy enferma. Ya todos lo conocen y fingen que es igual, que nada ha cambiado y somos amigos, pero les doy asco.

—A mí no me importa.

—Si me vieras seguro sería distinto.

—No es por eso.

—Qué tú sabes. Harías lo mismo que ellos. Claro, ojos que no ven, corazón que no siente.

—Mentira, y qué si son todos unos imbéciles. De verdad no me importa. Para mí eres el retrato que nadie ha pintado porque no existen colores que logren atraparlo.

—Además de bonito y espía eres tremendo mentiroso. Toma —y arrancó algo de un árbol. Un puñado de jazmines. Me dio un beso frío, pequeño, en la boca, y murmuró a mi oído la balada del mar en su romance con la orilla. —Por favor, no me busques más.

El vapor estalló por fin con el ímpetu de un chorro de agua y paré de respirar; las yemas de mis dedos se volvieron insensibles y ya no capté un ruido, una pisada, un crujido de hierba bajo el peso de alguien que deambulaba o alguna vez deambularía en torno a la glorieta. Los gorriones no se cansaban de chillar. A la caída de la tarde solían tornarse más inquietos y el vecindario rebullía con sus graznidos. A esta hora llegaba mi papá a la casa y corría a abrazarme, yo extático en el balcón, contemplando cosas interiores, hipotéticas gentes de una tarde que me ignoraban allá arriba, sobre sus cabezas, escuchando su vida. Levanté el bastón con un gesto mecánico. Hay películas musicales donde los caballeros, dice mamá, juegan y bailan con sus bastones con una gracia y soltura hechizantes. Ojalá hubiese sido uno de esos caballeros, dueños del espacio y los movimientos. Qué graciosos resultan, después de todo, mis referentes: películas que nunca veré, ocasos fantaseados, Claudias efímeras. Las palabras habían perdido su significado y se convirtieron en jeroglíficos, signos, piedras que pesaban mucho y demoraban una eternidad en juntarse. Me sequé una gota que corría cuello abajo. Seguro era el sudor, aunque por arte de magia se secaron mis palmas. Arrojé bien lejos el manojito de pétalos sin olor y quise pisotearlos. Ella me abrió la mano, puso uno, y la cerró.

—Juro que tus ojos grises son los más lindos del mundo. Ojos grises de hombre llorando —dijo.